

Policia de Fernando Pessoa. El extraordinario poeta portugués se multiplicó en varios escritores inventados. Uno de ellos, Alexander Search, dejó una novela de detectives. Acá el fragmento inicial.

Una cena muy original

Fue en el transcurso de la décima quinta sesión anual de la Sociedad Gastronómica de Berlín cuando su presidente, herr Prosit, hizo su célebre invitación a los miembros. La sesión, por supuesto, era un banquete. A los postres se discutía acaloradamente sobre la originalidad en el arte de la cocina. Corrían malos tiempos para todas las artes. La originalidad había entrado en declive. La gastronomía también acusaba decadencia y debilidad. Cualquier obra culinaria presentada como "nueva" no era más que una variación de platos ya conocidos. Una salsa diferente, una forma ligeramente distinta de condimentar o de sazón: esta era la forma en la que el último plato se distinguía de sus predecesores. Pero no había verdaderas invenciones. Solo eran innovaciones. Un coro unánime de voces deploraba todos estos males, en una gran variedad de entonaciones y diversos grados de vehemencia.

A pesar del fervor y convencimiento con que se aliñaba la conversación, entre nosotros se hallaba un hombre -aunque no era el único que guardaba silencio- cuyo mutismo resulta elocuente, ya que de él, por encima de todos, era de quien más se podría esperar una intervención. Este hombre, por supuesto, no era otro que herr Prosit, presidente de la sociedad y quien dirigía la sesión. Herr Prosit era el único que parecía no prestarle demasiado interés a la discusión, aunque en realidad estaba más callado que distraído. Se echaba en falta la autoridad de su voz. Él, Prosit, permanecía pensativo; él, Prosit, permanecía en silencio; él, Wilhelm Prosit, presidente de la Sociedad Gastronómica, estaba serio.

A la mayoría de los presentes el mutismo de herr Prosit les resultaba extraño. Se asemejaba (valga la comparación) a una tormenta. El silencio no era una de sus cualidades. La reserva no formaba parte de su naturaleza. Y como una tormenta (por

continuar con el símil), si guardaba silencio, no era más que la pausa y el prelude que preceden al más grande de los estallidos. Así era como se le percibía.

El presidente era un hombre extraordinario en muchos aspectos. Era una persona jovial y sociable, aunque de una vivacidad anormal y dotado de unos modales ostentosos que le conferían siempre un aire de lo más afectado. Su cordialidad parecía patológica; sus ocurrencias y bromas, sin dar la impresión de ser forzadas, parecían brotar de su fuero interno en virtud de una facultad del espíritu que no es la del ingenio. Su humor parecía impostado y disimulaba su excitación con una apariencia de naturalidad.

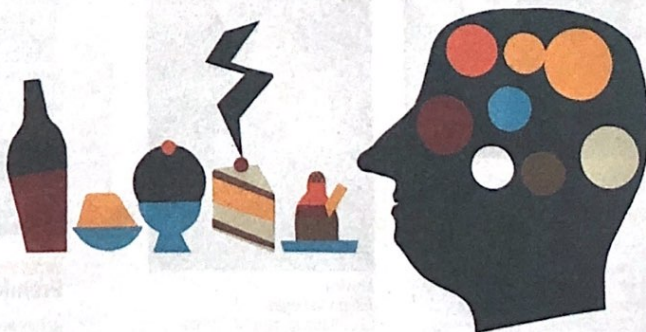
En compañía de sus amigos -y eran muchos los que tenía- mantenía una corriente constante de júbilo, todo en él era alegría y risa. Y aun así resultaba sorprendente que el semblante de este hombre extraño no expresase contento o felicidad. Cuando se apagaba su risa, parecía sumirse, remarcado por el contraste que expresaba su rostro, en una seriedad nada natural, como hermanada con el dolor. (...)

Lo que sí puedo asegurar sin lugar a dudas es que Prosit se había iniciado en la sociedad que nos ocupa gracias a un joven oficial, también amigo mío y un tipo de lo más alegre, que se lo había encontrado por ahí en cualquier parte y a quien habían entusiasmado sobremanera sus bromas.

Esta sociedad -la misma en la que se movía Prosit- era, a decir verdad, uno de esos grupos marginales que suelen ser tan frecuentes, compuestos por elementos de clases altas y bajas en una curiosa síntesis como la que pueda darse en cambios químicos, que a menudo dan como resultado una personalidad nueva, distinta a la de sus componentes individuales. Esta era una sociedad cuyas artes -y así debemos denominarlas- eran las de comer, beber y amar. Todo muy artístico, sin duda. Y también vulgar, por supuesto. Pero formaba un conjunto muy bien avenido.

A este grupo de personas, inútiles sociales, de naturaleza corrompida, las comandaba Prosit porque era el más basto de todos ellos. No puedo entrar, obviamente, en la psicología, simple pero intrincada, de este caso. No puedo explicar aquí la razón por la que el cabecilla de semejante sociedad hubiese sido elegido entre sus estratos más bajos, aunque a lo largo y ancho de la literatura se han examinado con notable sutileza e intuición casos de esta ralea.

(Fragmento)



FERNANDO PESSOA
LISBOA, PORTUGAL, 1888-1935.

Sus obras completas, publicadas mayormente después de su muerte, comprenden poesía firmada con su nombre y con diversos heterónimos: Álvaro de Campos, Alberto Caeiro y Ricardo Reis.



Una cena muy original
Fernando Pessoa
Trad. Xesús Fraga
Nórdica Libros
73 págs.

COMENTARIO

"Inmediatamente uno ve que hay algo excesivo en la biografía de este portugués que con el paso de los años corre el riesgo de convertirse en uno de los más importantes poetas del siglo XX". Antonio Tabucchi